

En busca de la dignidad y del sentido de la vida

En las siguientes líneas presentamos una breve reseña acerca del texto *En busca de la dignidad y del sentido de la vida*, contornado por el marco de algunas ideas sobresalientes propuestas por Mijail Malishev. El texto consta de cinco partes, una introducción y cuatro capítulos.

Malishev es un buscador de la verdad del ser del hombre, un agricultor de la antropología filosófica; gran parte de su obra ha girado tras la huella de las múltiples facetas del ser del hombre, y esto precisamente nos permite realizar un primer acercamiento a la geografía filosófica de nuestro autor.

La obra de Malishev nos ofrece la visión de una marcha en la cual se va devanando el ser del hombre en sus múltiples facetas. El hombre se torna multifacético: se disgrega en sus diversos momentos y rostros, los cuales posteriormente son recuperados en una unidad ontológica impuesta por la existencia misma y recabada por la pluma de Malishev. El hombre se disgrega, sin que ello derive en un desglose de las partes de éste. La pluralidad posibilita y define la unidad. El ser de cada hombre es uno precisamente porque es el resultado de la reunión de sus distintos fragmentos.

Cierto es que una idea sobre lo que es el 'hombre' nunca va a entregársenos acabada, cual si fuera una definición de diccionario (ni siquiera en las ciencias sociales se proporciona de esta manera). Una



Mijail Malishev, *En busca de la dignidad y del sentido de la vida*, México, Plaza y Valdés/ UANL, 2ª ed., 2005.

idea en torno al 'hombre' hay que ir construyéndola, hay que rastrearla siguiendo las huellas impresas que deja en la arena de la gramática filosófica. En la obra de Mijail Malishev no se ofrece propiamente una definición de 'hombre', pero se le expone como un ser de muchas facetas y, por supuesto, habitante de múltiples circunstancias.

Otrora, se pensó que el hombre por esencia era razón; en otro momento, se le concibió como voluntad, pasión, sentimiento, instinto. El autor diría que el intento por definir al hombre en relación exclusiva con alguna de sus manifestaciones es reducir e imposibilitar su unidad final; señalaría que la esencia del hombre no es ninguna de las anteriores, precisamente porque en su ser están contenidas todas éstas.

El hombre es un ser multifacético que no se agota en alguna de sus manifestaciones en particular, pues cada una de éstas está hilvanada, cual eslabón, a toda una cadena incesante de manifestaciones, que en su conjunto dan por resultado el ser del hombre. En este sentido, al hombre no se le podrá aprehender en alguna dirección singular. Para poseer una idea más convincente y cabal de éste, se tendrán que contemplar sus distintas caras; como obra de arte, requerirá un escrutinio por todos los ángulos y perspectivas posibles, a fin de configurar su unidad.

Tal vez las distintas temáticas que integran la obra de Malishev sean un testimonio callado que defiende, precisamente, la idea de 'hombre' como un ser multifacético. La obra de nuestro autor dibuja una parábola donde transita de la filosofía política a la reflexión sobre el arte y la literatura; y de ahí, a la tematización de la antropología filosófica, a la meditación sobre los sentimientos, las vivencias, el amor, la muerte, la envidia, la fe, el deber, el nihilismo, la mitología, la libertad, la angustia, la historia de la filosofía, etcétera. El hombre es un ser que se desenvuelve mediante múltiples facetas y entre sus semejantes.

Desde luego, cuando el discurso filosófico alude a la interrelación humana se coloca directamente en la dirección de la ética. Pensamos que en su libro, *En busca de la dignidad y del sentido de la vida*, Malishev da ocasión a una eminente reflexión ética. El autor ha insistido en más de una ocasión acerca del respeto hacia la persona y los valores. Nos ha invitado a reconocer al hombre tal como es, para exigirle reivindicaciones todavía más altas. Mediante una terminología kantiana, menciona: "el hombre no requiere de Dios para saber sus obligaciones morales, ni para entender la motivación principal de sus acciones éticas, la cual es el respeto a la dignidad y no la obediencia de mandamientos divinos". En este sentido, propone dar prioridad a la autonomía de la voluntad individual sobre cualquier poder central. Hay que amar a nuestro semejante, pero no porque un "padre" nos lo ordene, sino por respeto a la dignidad propia de la persona; porque en el respeto al semejante va implícito el respeto a mí mismo: no hay respeto por el semejante que no presuponga el respeto propio.

Eminentemente, nuestro autor, como buen lector de Kant, es partícipe de una moral laica, surgida e inspirada en la propia naturaleza humana. Hay que proteger a toda costa la individualidad, la autonomía y la libertad del sujeto. Respecto a lo anterior se distingue un pronunciamiento muy interesante manifestado en esta obra: "hay que salvar al hombre, su mundo y su inmanencia, incluso a costa de la trascendencia, el hombre es el fin". Para conservar una cultura humanista nunca se deberá olvidar que el fin de todos los fines es el hombre. La filosofía, al igual que las demás creaciones culturales, deberá estar avocada a este propósito: procurar el desarrollo, en todas sus dimensiones, del ser del hombre. Estas ideas florecen en la tercera parte del libro, titulada "El imperativo categórico: base de la dignidad humana".

En otra parte nuestro autor escribe: "la tarea de la filosofía es ayudar a la vida a vivir".

Dotado con los ojos del ángel de la muerte, el hombre adquiere la conciencia de su irresistible impulso de ir más allá de los límites perfilados; poseído por ese don maravilloso, no tiene la certidumbre que ordinariamente acompaña a sus juicios de sentido común. La tarea de la filosofía es superar la vida, es decir, trascender la finitud de los límites que impone la vida. La filosofía es, cual ojo que rema entre cristales diáfanos, ayuda, y como tal posibilita la trascendencia de la vida misma. Por la filosofía, los límites de la finitud humana se extienden aún más. Podría afirmarse que con la filosofía el ser del hombre se incrementa al trascender su natural limitación; por ésta, los límites del hombre se ensanchan y se instauran como funcionales.

El hombre siempre tiene sed de infinito, de ser más, de trascender su condición finita; la filosofía le retribuye este don al hombre, le ayuda a traspasar mediante la teoría las limitaciones de su condición. La incertidumbre, la duda, el perpetuo combate con el destino final del hombre proclamado por la razón, la lucha apasionada contra la nada motivan y arrojan al hombre hacia la esperanza, le abren una puerta al porvenir para que aspire a ser cada vez más. Sin embargo, esta sed de trascendencia, de ser cada vez más, no debe sembrar entre los hombres falsas ilusiones de un más allá, no existe el más allá, al menos no como pretensión filosófica. El hombre debe desarrollarse en la inmanencia de su tiempo y en la circunstancia del mundo.

La filosofía debe encontrar una dimensión vital entre los hombres, debe ayudar a vivir la vida. Nos topamos con esto ante una noción de la filosofía no pragmática, sino vital. Podría decirse que es una noción en donde la filosofía halla un espacio humano y funcional dentro de la comunidad. La filosofía tendría, así, distintas funciones; entre otras, la de ayudar a dar sentido a la vida, dijérase que coadyuvar hacia la lucidez de la dignidad del hombre. La dignidad es la flor que todo hombre porta al existir; la dignidad es

cultivada y reafirmada mediante el *reconocimiento* recíproco entre los hombres.

Respecto a lo anterior, el autor menciona en su obra: “experimentar vivencias afectivas es estar implicado en relación con los otros. La vivencia afectiva, como estado anímico, no es algo que tenemos sino algo que somos [...], no ignoramos que existen factores externos” que afectan nuestro modo de estar en cierta situación o circunstancia. Es preciso insistir —como ya se dijo— en que el hombre, ante todo, es un ser de relación; es decir que ésta es inmanente a él: el hombre se forma en compañía de los otros; no está solo, siempre es con. Ser hombre siempre es ser con, y de acuerdo con la cita invocada, según nuestro autor, el hombre es un ser que siempre está en relación tanto con los demás hombres como con las cosas.

Diríamos también que todos los hombres comparten esta esencial manera de estar en situación de relación, pero aquello que los distingue y hace únicos e irrepetibles es su particular manera de relacionarse *in situ*. Lo que llama un poco la atención es que ciertamente existen los otros y lo otro como extremos relacionados con el hombre, pero no se insiste —o al menos así parece— en un tercer extremo relacionado que también está presente en él, según Scheler y Marcel: la divinidad. Esta última es una presencia ausente en el mapa que dibuja Malishev; ello tal vez obedezca a aquel principio en el cual afirma que es preciso aprender a negar incluso la trascendencia con tal de recuperar al hombre. Si esto fuese así, el autor estaría colocando su filosofía en la disyuntiva de elegir entre Dios o el hombre.

Sin duda, en el interior de *En busca de la dignidad y del sentido de la vida*, aparecido por primera vez en 2002, y que ahora ve la luz su segunda edición (2005), el autor muestra una faceta más serena y madura. El texto en cuestión plantea una hipótesis inquietante a propósito del sentido de la existencia; en ésta aparece presupuesto el antecedente ético del estar relacionado, anticipadamente, cada sujeto con los demás y con las cosas también (úni-

camente que nuestro vínculo con las cosas no merece mayor acto de execración, ya que con los objetos no se puede establecer un diálogo; no así sucede en nuestra relación con los demás hombres, quienes de antemano están en reciprocidad volcados unos hacia los otros, pues su existencia requiere de motivos, de excusas, de valimientos.

El hombre es el ser del sentido porque posee en su haber distintos horizontes de realización. Digamos que cada acto humano coloca al sujeto en relación con el otro, demanda por parte del otro un grado de atención; cada acto es una realización y, a la vez, un presente que se ofrece al vecino. El hombre no actúa para sí, sino para los demás, pues se mueve entre los otros, y en esta reciprocidad descansa el móvil más hondo del quehacer humano: la demanda de *reconocimiento* por parte de quien actúa, respecto de quien presencia la actuación. Es como en una pieza de teatro: el actor se entrega plenamente en la ejecución de su papel, pero el acto no está completo hasta que el público hace explícito su reconocimiento.

El reconocimiento refulege ahora como el fundamento del sentido de la existencia. Dijérase que el reconocimiento resalta la dignidad humana: "el problema del sentido de la vida y de la dignidad, en mi opinión [nos dice], tiene como premisa común: el reconocimiento". Ésta es, sin duda, una tesis que deambula en la mencionada obra de Malishev. Sobre esta tesis podemos avizorar algunas consecuencias afortunadas, por ejemplo: esta tesis llama fuertemente la atención ante el indiferentismo que priva en el actual auge de los medios masivos de comunicación, el cual ocasiona precisamente una crisis en la interrelación humana; otra posible línea de cultivo podría ser que si el reconocimiento se ubica en la base del sentido de la existencia, éste obliga a los hombres a abrir los ojos ante sus semejantes para, así, otorgar y recibir sentido a su existencia; es decir, compromete moralmente a los hombres a no perder nunca de vista a sus semejantes, impone el deber ser con los otros. Una idea sobresaliente extraíble de aquí dice lo siguiente: "El reconocimiento es la instancia que pro-

tege al ser humano del torbellino de la inseguridad, del exceso de interioridad"; es decir, el reconocimiento fuerza al hombre a trascender su propio encierro, éste sale de su soledad mediante el reconocimiento. El sentido en cada existencia es promovido por el reconocimiento. En este tenor, un deber moral de cada hombre será otorgar y asumir el sentido mediante el reconocimiento mutuo.

El texto en cuestión está escrito con una prosa legible; y, pese a que el español es su segunda lengua, el autor no deja de sorprendernos por los trazos con que adorna los matices de su expresión. El texto está repleto de casos y ejemplos de personajes, se podría decir vivos, que sienten y sufren las espinas de la angustia, del dolor, de la muerte, del amor y del absurdo; que sienten el abandono de Dios, y aun así poseen esperanza en salir adelante, pese a que su fin sea absurdo y ridículo. Es el hombre de carne y hueso quien se halla sembrado en los surcos que describen las distintas situaciones manifestadas en el libro.

Las exposiciones monográficas, de Camus, de Kant, así como de Cioran, que aparecen en el texto, más que ensayos se proponen como interlocutores mediante los cuales Malishev dibuja la huella multifacética de la dignidad humana y del reconocimiento. Más que el color de la interpretación y la discrepancia que pueda establecer nuestro autor con aquellos interlocutores, prevalece la tesis básica sobre el reconocimiento humano. "Ontológicamente [nos dice el autor], el hombre es un ser incompleto, insuficiente, y por eso necesita de su prójimo. [...] El reconocimiento de nuestra existencia, que es una condición previa de nuestra coexistencia, representa algo similar al oxígeno para nuestra vida".

Finalmente hago público mi reconocimiento a la trayectoria de Mijail Malishev por su obstinada insistencia acerca de la pregunta que interroga por el ser del hombre. Diríamos que "el hombre al ser reconocido aflora de su encierro mostrándose como un ser multifacético". Vaya, pues, junto con estas líneas, también, nuestra gratitud por su ejemplo y enseñanza. LC